UN HOMBRE, MIL NEGOCIOS. LA CONTROVERTIDA HISTORIA DE ANTONIO LÓPEZ, MARQUÉS DE COMILLAS

Martín Rodrigo y Alharilla, *Un hombre, mil negocios. La controvertida historia de Antonio López, marqués de Comillas*, Barcelona, Ariel, 424 pp.

La excusa, superlativa, para presentar la vida y obra del empresario más potentado de la Cataluña de su tiempo, Antonio López López, primer marqués de Comillas (1817-1883), es la polémica que se creó en torno al pasado esclavista del personaje. Una disputa, con el punto álgido de la simbólica la retirada de su estatua de una céntrica plaza de Barcelona en 2018, que se adelantó casi dos años a la explosión de protestas populares en el mundo anglosajón contra la memoria de determinados protagonistas de su historia, vinculados a la trata o posesión de esclavos, que ha generado no solo la caída de otros muchos monumentos (no siempre en base a una justificación histórica), sino también llamativos cambios de denominación de instituciones académicas y abandonos de otros homenajes póstumos, amén de un debate público de calado.

El problema de la historia de la trata de esclavos no está ni mucho menos bien estudiado en el ámbito académico español, ni se encuentra en el acervo colectivo al nivel de estos países. Sorprendentemente, puesto que España, o más bien sus nacionales en sus antiguas colonias, desarrollaron una frenética actividad de tráfico ilegal de esclavos, más o menos consentida por las autoridades (a pesar de haber aceptado España la abolición del comercio de esclavos en 1820), que fue muy superior al caso, por ejemplo, de los mismísimos Estados Unidos, donde la abolición de la esclavitud y la lucha por los derechos civiles de la población afroamericana vertebró la historia del país. Pocos españoles son conscientes de que el volumen de la trata de esclavos hacia la española isla de Cuba duplicó el tráfico de personas esclavizadas a los Estados Unidos, y ese es un dato que precisamente ha puesto sobre la mesa Martín Rodrigo en sus prolíficos trabajos sobre la materia de los últimos años.

Sí se sabe algo más de la vertiente inversora de esos indianos enriquecidos por el comercio y uso de esclavos en el Caribe, por más que se haga necesario sistematizarlo en estudios como este, en el que el autor se atreve con una biografía completa del personaje, más allá de su conocido trabajo sobre el grupo empresarial Comillas, publicado en 2000; con la dificultad añadida de no contar con un archivo familiar o incluso empresarial de

las entidades que se manejan. Martín Rodrigo, sin embargo, es capaz de completar un retrato histórico del primer Marqués de Comillas a partir del empleo de una relativamente escasa bibliografía sobre el personaje, a pesar de su importancia icónica y, sobre todo, de un trabajo ingente en protocolos notariales de Cuba y España. El resultado es ciertamente notable, en tanto en cuanto Rodrigo es capaz de enlazar un relato completo y muy detallado sobre la vida y obra de López en base a una documentación compleja, que no siempre es agradable de tratar, además de generar un análisis solvente de su red de asociados a lo largo de su vida, aunque del texto resulten algunas reiteraciones.

El debate que pudo haberse generado en el pasado sobre la participación de Antonio López en la trata de esclavos queda solventado y fuera de cualquier tipo de especulación a partir del capítulo tres del libro; si bien queda reflejada la dificultad de contabilizar sistemáticamente los distintos envíos de esclavos realizados por el marqués hacia otras casas comerciales de Santiago de Cuba o la propia Habana. No obstante, es evidente que los primeros capitales que pudo amasar a partir de la actividad de su tienda de Santiago de Cuba los volcó con otros socios en sus primeras inversiones navieras y el ritmo vertiginoso de crecimiento de esos capitales solo se justifica por su participación activa en el traslado de esclavos en la isla de Cuba entre distintos puertos y, muy posiblemente, o más bien con total seguridad, en la traída de esclavos desde África, desde al menos 1847, una actividad prohibida y perseguida desde hacía casi dos décadas y muy lucrativa. Varios ejemplos documentados ilustran a Antonio López como uno de sus principales intermediarios, de la misma manera que se describe el proceso de «regularización» de esclavos traídos por la fuerza desde el otro lado del Atlántico por una simple inscripción y se certifican las ventas de estos esclavizados por el joven López a otros intermediarios y la compra de varios ingenios por su parte, con sus respectivos esclavos, con los beneficios inmensos de la trata. Sin duda alguna, no se puede explicar los inicios de esta fortuna y su tamaño sin esta actividad.

Una vez que queda aclarado este punto, no menor, la vitalidad del libro reside en elaborar una visión completa, desde su nacimiento hasta su muerte, de uno de los empresarios más destacados, no solamente de la historia económica de Cataluña, sino de España a partir de su vuelta a la Península, en 1852, lo que no le impidió seguir teniendo destacados negocios navieros, agrícolas y de seguros en la isla de Cuba. Quedan aclarados los orígenes familiares, sus relaciones personales en la ciudad de Cádiz y la red de favores personales que teje, en ambos sentidos, con las personas con las que va colaborando a un lado y otro del océano.

A partir de ahí se traza un análisis muy completo de los procesos de combinación de capital, de reinversión y diversificación de las actividades de este indiano principal en el periodo que va desde mediado del siglo diecinueve, no solo en Barcelona, sino en todo el país. Es francamente interesante observar cómo se van haciendo más complejas las actividades financieras comerciales e industriales de Antonio López y, sobre todo, su consolidación como primer naviero de España y uno de los banqueros más destacados de la primera época dorada de la banca, tras la ley de 1856. Son novedad, precisamente, la descripción de sus primeras iniciativas financieras en el Crédito Mercantil o su implica-

ción en las inversiones inmobiliarias en los ensanches de Madrid (con José Salamanca) o Barcelona, siempre en compañía de un concurrido grupo de indianos de origen cubano. Así como también su colaboración con importantes grupos extranjeros, como el Paribas y los Pereire-Mobiliario, o nacionales, como los Bancos de Castilla y Barcelona, que pusieron en muchas ocasiones más dinero que el propio López, pero en el que delegaron sin dudar el control ejecutivo de cada uno de los negocios, como el gran conseguidor y reputado gestor que era.

Quizás se echa de menos un retrato más cercano y quizás íntimo del personaje, del que apenas se conocen en el texto unas palabras de su boca de discursos formales o algún testimonio indirecto, del que el autor extrae la dureza de López en la negociación y su pericia para el tráfico de influencias. Con respecto a esto último, destaca su habilidad para conseguir mejoras en contratos públicos de calado, gracias a su cercanía al poder, que queda ejemplificada en la descripción de las largas visitas de Alfonso XII y sus hermanas y madre a la casa de veraneo de Comillas en 1881 y 1882, respectivamente, que no son sino la cara más visible de la instrumentalización de una corrupción administrativa, que permitió al Marqués extraer beneficios más allá del interés público en sus contratas con el Estado, tanto para el transporte marítimo de correo y tropas (que dieron lugar a la Transatlántica), como los empréstitos para pagar la guerra de Cuba (que generaron el Banco Hispano Colonial) o la fundación de la Compañía de Tabacos de Filipinas, tomando el control del monopolio de la producción y comercialización del tabaco del Estado allí, en las postrimerías de su vida.

No obstante, más allá de los aspectos biográficos del personaje, esta obra pone en evidencia la amplitud del grupo de indianos que hicieron fortuna en la Cuba de la primera mitad del Siglo XIX en base a la trata de personas esclavizadas, cuyos capitales terminaron asentando buena parte del urbanismo más granado de la madre patria o fueron invertidos en empresas de la más variada índole por toda Europa el medio siglo siguiente. Conocíamos casos señeros como los de José Manuel Manzanedo o Julián Zulueta, pero de este libro emanan docenas, por no decir cientos, de apellidos no tan conocidos con los que Antonio López tejó su red de negocio y que tuvieron una importancia destacable en la época de la consolidación del capitalismo moderno en España. En definitiva, este es uno de los valores fundamentales de esta obra, que será de obligada lectura para aquellos que se adentren en el siempre complejo y opaco mundo de esos indianos enriquecidos, en muchos casos por el doloroso negocio de la esclavitud.

Miguel A. López-Morell
Universidad de Murcia